

cuelas filosóficas, antes bien procuraban demostrar, con tal contradicción, la imposibilidad de llegar á fructíferos resultados; y por otra parte se presentaban como activos maestros, concedores y mantenedores de toda organización moderna, de todos los progresos de la época, pretendiendo ampliar notablemente con su cooperación el horizonte y los conocimientos de sus antecesores. Aquellos hombres, cuya gran influencia en el desarrollo de la prosa ática ponderan los conocedores de la literatura griega, aparecieron entonces, por su maestría en el pensar y hablar, adquirida á costa de múltiples estudios, como los maestros de los jóvenes atenienses que, ya sea por el incesante incremento que tomaba la oratoria, ya para poderse dar á conocer en el Dicasterio, en la Bula y en la Iglesia, querían asimilarse formalmente los elementos para ello indispensables, como la cultura del espíritu y la habilidad de perorar y discutir. De modo que, á título primero de maestros en el arte de hablar, y luego de maestros de dialéctica, alcanzaron una posición elevadísima. Su inteligencia y la costumbre hacían que examinasen con entera libertad el pro y el contra de las cuestiones que de todas partes se les proponían, y que se dedicasen principalmente á proclamar la movilidad constante y la independencia del espíritu. Bien se comprenderá el éxito que debían alcanzar tales maestros en un pueblo como el ateniense, dada la viveza de ingenio que caracterizaba, por regla general, al pueblo griego. Pero no podía menos de suceder que por un lado, la ausencia en los maestros sofistas de una fijeza de espíritu positiva, y por otro la costumbre, introducida de poco tiempo á aquella parte entre los jóvenes atenienses, de razonar sobre todas las cuestiones morales, sociales y políticas de actualidad, dándoles un carácter meramente subjetivo, produjesen los peores resultados. El nuevo arte que enseñaba á reclamar, en frente del Estado, los derechos de la personalidad humana, pretensión que no tenían los ciudadanos de Atenas, del modo y en el grado en que la tienen los exigentes Estados modernos, estaba en abierta oposición con la manera de ser propia hasta entonces de los atenienses. De aquí resultó que la juventud más distinguida de Atenas fué la que se afilió con preferencia á los sofistas, naciendo una nueva y fuerte división entre ella y la masa del demos. En cierta ocasión se dirigió especialmente la mordaz y disolvente crítica de una minoría sofística contra los muchos puntos cómicos de la existencia democrática y principalmente contra la democracia contemporánea; y entonces, tomó incremento un género que en el terreno de la teoría consiguió ponerse primero en irónica y después en abierta y animosa oposición contra el estado de cosas que dominaba. Sabemos ya que aun la escuela dialéctica del gran enemigo ateniense de los sofistas, Sócrates, que oponía al formalismo de estos una filosofía completamente nueva y un fundamento profundamente moral, tampoco miraba, bajo el punto de vista político, con buenos ojos, á la democracia. Por otra parte, el nuevo género de conocimientos de los sofistas no sólo ejercía una influencia poco benéfica sobre la moralidad personal de la joven nobleza, sino que conmovía profundamente y de un modo muy notable los antiguos sentimientos religiosos de aquellos jóvenes.

Por eso los sofistas fueron odiados por la masa del demos, á la cual disgustaba soberanamente que la enseñanza fuese para ellos una industria lucrativa. Lo que más repugnaba á la burguesía ática, y lo que la impulsaba á arrojar de sí á los filósofos serios y á los sofistas dialécticos sin distinción, animada por su robusta y antigua fe y por su enérgica religiosidad, que rayaban algunas veces en fanatismo, eran las nuevas teorías que herían de varios modos el fondo y las formas de las creencias del pueblo griego.

Tan solo un elemento permaneció intacto, á pesar de to-

das las innovaciones introducidas en la vida pública y en las manifestaciones del espíritu; este elemento fueron las mujeres. El lado menos satisfactorio de la rica civilización ática en esta y otras épocas posteriores era que, al revés de lo que sucedía en los caballerescos tiempos de los aqueos, entre los rudos hijos del valle del Eurotas y entre las antiguas razas griegas del Noroeste y de Macedonia, estacionadas en la primitiva existencia, la mujer representaba en el territorio de la raza jónica un papel muy secundario y recibía, en el aislamiento de su vida doméstica, una educación sumamente incompleta. Todo el fuego del moderno romanticismo amoroso lo manifestaron los griegos durante muchos siglos en sus relaciones, tan poco inteligibles para nuestros sentimientos y tan gradualmente bastardeadas, con hermosos adolescentes. Al lado de este vicio se desarrolló naturalmente el *heterismo*, importado de Jonia á Atenas, cuyo lado desagradable era atenuado por la graciosa elegancia y el vivo y brillante ingenio de las heteras; pero estas venenosas flores ni eran de noble calidad, ni dejaban de ser un elemento permanente de muerte. Durante mucho tiempo la aparición brillante de Aspasia producía en los niños el efecto de un apéndice á la población flotante de la Atenas de Pericles. Las más modernas investigaciones han demostrado que Aspasia, hermosa, instruida y dotada de grandes cualidades, hija del milesio Axioco, esposa de Pericles desde 445, no ciudadana según el derecho ático, pero moralmente igual á su marido, fué contada sin razón entre las heteras jónicas (1), y que tal denominación no era sino una de las muchas injectivas lanzadas contra Pericles y su familia por la irrespetuosa enemistad de sus adversarios políticos y personales.

XV.— PODER DE PERICLES. OPOSICION DE LA COMEDIA. HOSTILIDAD DE LOS RADICALES CONTRA PERICLES

La situación de Pericles, durante el período que precedió al rompimiento de la temible guerra panhelénica, se había hecho gradualmente poco satisfactoria bajo muchos puntos de vista, á pesar de los grandes servicios por él prestados. Sin embargo, desde el ostracismo de Tucídides, no tenía Pericles en Atenas enemigos declarados de gran fuerza, pues todos parecían inclinarse ante el poder de su talento y ante la irresistible magia de su elocuencia. Con tranquila seguridad gobernó el imperio ático: su infatigable celo en lo que concernía al servicio público, su modesta sencillez, su integridad y su austero método de vida, eran incontestables. También parecía ser inquebrantable su situación política; pues en sus manos se concentraba oficialmente un gran poder. Hemos notado ya anteriormente que era científicamente objeto de duda saber si existía en Atenas el cargo de *tamias* ó tesoro general y si Pericles realmente, como supone una moderna hipótesis, fué elegido por su pueblo en 460 para que se pusiera al frente de la administración económica del Atica; lo que está fuera de duda es que Pericles ejerció gran influencia en dicha administración, especialmente mientras supo colocar en los empleos de hacienda, de los cuales él no desemeñó ninguno, á los hombres eminentes adictos á él y á sus principios. Personalmente fué revestido durante muchos

(1) *Heteras* ó *hetairas* (sobrenombre de Venus) se llamaban las mujeres que vendían sus favores á mas ó menos alto precio. Las había de distintas categorías, y algunas llegaron á obtener gran celebridad. Sobresalían no solo por su belleza, sino por su talento, gracia, elegancia y cultura; y sus casas solían ser el punto de reunión de los filósofos, literatos, artistas y eruditos. La prostitución tenía en Atenas y otras ciudades de Grecia casas especiales; pero sus habitantes no salían generalmente de ellas. Dícese que las autorizó Solon para evitar en lo posible el otro abominable vicio, de que habla el autor, muy extendido en su época. Las heteras formaban la clase más elevada de esta triste familia. La mujer honrada, generalmente no salía de su gineceo. (N. del T.)

años sin interrupción, del cargo electivo más importante en aquel tiempo en Atenas, es decir, del primer estratego. En una época en que la grandeza de Atenas descansaba en la fuerza de sus armas, fué Pericles elegido todos los años general: en el colegio de los diez estrategos nombrados anualmente, ocupó Pericles la presidencia y su voto era el que decidía las cuestiones, concediéndosele además con mucha frecuencia atribuciones y poderes extraordinarios. A esta posición estaba unida no solo una extensa competencia especialmente militar y administrativa, sino la dirección de los negocios extranjeros y de las relaciones diplomáticas con otros Estados, y el derecho necesario de convocar las asambleas populares y de prohibir en circunstancias críticas sus reuniones. También estuvo Pericles investido varias veces del cargo de epistates, ó director de las construcciones públicas, y del de atloteta ó director de las grandes fiestas áticas.

La preponderancia de tan grande hombre, y el sistema de su administración no podían tardar en acarrearle enemigos. El poderoso influjo de su personalidad indignaba á muchos y les inducía á afilar las armas con que atacarle, apelando á todos los medios que les daban las instituciones democráticas. A este fin los poetas dramáticos comenzaron y prosiguieron con creciente ímpetu una activa campaña. La comedia había nacido, como la tragedia griega, en las fiestas de Dionisio; la bufonería campestre que se formó gradualmente en los regocijos de las vendimias y que durante el siglo sexto tendió á la sátira, por la influencia del megarensis Susario, se trasladó á principios del siglo quinto desde el campo á la ciudad, donde fué trasformada en un nuevo género de arte dramática cultivado con inteligencia á la par de la tragedia. Así como esta se hallaba poco influida por las circunstancias del momento, la comedia, tanto en su fondo como en su forma, estaba íntimamente relacionada con la historia contemporánea y con la vida diaria de los atenienses. La comedia ática del siglo quinto, que en su apogeo y en la desmedida libertad de la ironía fué una verdadera creación de la democracia, cada vez más educada, y que se inclinaba á satirizar las innovaciones insensatas, débiles y ridículas de la vida ática; la comedia, decimos, creación de Crates y Cratino y que alcanzó su apogeo artístico con Eupolis y después con Aristófanes, se inclinaba por regla general á los partidos conservadores, muy al contrario de lo que sucede hoy, en que el epigrama y la sátira política, con raras excepciones, suelen estar al servicio del radicalismo y de las oposiciones (1). Así, pues, la comedia se dirigió contra Pericles, ridiculizando su grandeza olímpica, y exponiendo con preferencia á la mofa de los atenienses las flaquezas de su personalidad y las de su corte. Algunas insolencias de este género referentes á Pericles y á Aspasia han pasado á la posteridad, que con harta frecuencia las tuvo por históricas. La práctica ateniense de una ilimitada libertad dramática, á la que solo se puso coto resucitando la disposición popular transitoria (439 á 437) que prohibía á los cómicos ridiculizar ante el público á las personas, ya llamándolas por su nombre, ya valiéndose de una máscara—completamente de acuerdo con la omnimoda libertad que en aquel tiempo existía para la palabra y la escritura—conservó á la comedia el derecho de censurar en la escena, para divertir al público, á las personas conocidas en la ciudad, y con preferencia á los hombres de elevada posición, y de caricaturizar desapiadada, aunque graciosamente, aun á los amigos menos

(1) Entonces estaba también la comedia en Atenas al servicio de la oposición. La comedia y la sátira políticas no se ejercen generalmente por los amigos del orden de cosas existente, por lo mismo que le creen bueno. Si las instituciones de Atenas no hubiesen sido democráticas, la sátira y la comedia no habrían sido conservadoras. (N. del T.)

importantes de aquellos hombres, llamándolos por sus verdaderos nombres.

Pero, dada la ligereza de los atenienses, estas censuras de la comedia no pudieron perjudicar seriamente la situación de Pericles. Lo peor era que los miembros de los partidos aristocráticos, rechazados sí, pero no destruidos, comenzaron gradualmente á reproducir entre la masa del pueblo las antiguas quejas contra el gobierno de Pericles, sacando á relucir las humillaciones de las antiguas familias, la desmoralización del pueblo por el dinero del teatro y la venalidad de los magistrados, la dilapidación de las rentas del Estado y de la Liga, la protección á los pensadores libres y otras innovaciones perjudiciales. La ruda oposición que se hacían principalmente la demagogia radical y los elementos oligárquicos y aristocráticos, no impedía que se uniesen para atacar al comun enemigo, es decir, al grande hombre de Estado de Atenas.

La demagogia radical de la ciudad estaba entonces en el primer período de su desarrollo: durante mucho tiempo, ó sea hasta la terminación de la guerra del Peloponeso, los políticos de los círculos especiales burgueses habían conseguido, no sin grandes esfuerzos, aparecer ante los ojos de la opinión pública, como iguales á los hombres de Estado de origen noble; por esto habían procurado de muy antiguo ser algo más que simples demagogos, tribunos ó jefes de partido sin cargo público. En la primera fase de su aparición pueden ser comparados con los representantes de la prensa de oposición en los modernos Estados constitucionales. Pero al propio tiempo se presentaban con preferencia como acusadores voluntarios de los funcionarios públicos y dificultaban la rendición de cuentas que anualmente debía darse. Algunos conocieron ya el camino que en los dos últimos siglos de la República romana siguieron los que acusaban y procuraban formar procesos á determinados funcionarios del Estado. Aun cuando la ambición de la mayoría de estos hombres no se excedió de pronto más allá de algún miembro de la Bula ó de algunos de los funcionarios elegidos por suerte, no faltaron políticos burgueses que, como tribunos radicales, fueron bastante osados para sublevarse contra la prudente política de Pericles, y que no creyeron demasiado pretencioso especular en lo porvenir con su sucesión política. El más significado de todos esos demagogos burgueses era Cleonte, hijo de Cleanteo, un verdadero ateniense del barrio Cidateneo, situado al Sur y al Este de la Acrópolis, es decir, en la parte alta de la ciudad. Conocido por sus enemigos con el irónico nombre de «el curtidor,» y en realidad propietario de una gran tenería, apareció en aquel tiempo como el político más apasionado, pero también más inteligente, de cuantos habían salido de la clase media de los industriales, y como el verdadero jefe de la oposición radical.

No puede sorprendernos que Pericles, durante el tiempo de mando incontestado, perdiese el favor del elemento radical. Por un lado se le echaba en cara su abolengo y su comportamiento orgulloso y reservado para con el noble que no se había hecho popular, como el antiguo espadachín Cimon, por su conducta jovial. No faltaron algunos que en las notables cualidades de Pericles solo vieron orgullo, ambición y una manera de vivir autocrática, habiendo quien combatía su gobierno calificándolo de un nuevo género de tiranía. Por otra parte, después de la terminación de la lucha contra Tucídides, abandonó Pericles, de un modo cada vez más marcado, la vida de agitador y de jefe revoltoso de partido, ante el mesurado proceder de los regentes que tendían á igualar y á captarse las simpatías de todos los elementos, lo cual hacía que no se inclinase á favorecer las nuevas pretensiones, cuyo objeto era aumentar y robustecer el poder democrático

mas de lo que convenia. Correspondiendo á las imperiosas exigencias de la situacion política, opinaba que las tropas áticas, así los hoplites, como las utilizadas en la escuadra desde 460, debian recibir un sueldo de guerra que en el ejército de tierra era de 4 óbolos (2 reales 50 céntimos) para los soldados y 8 (5 reales) para los oficiales; en la caballería, de 12 (7 reales 50 céntimos), y en la marina, de 3 óbolos (2 reales) para el comun de los marinos y de 4 (2 reales 50 céntimos) para las tripulaciones escogidas de los buques del Estado.

Es objeto de duda si Pericles aceptó la proposicion de Calistratos Parnytes, segun la cual al ciudadano ático se le indemnizaba con un óbolo por el tiempo que perdía en las frecuentes reuniones generales. En este concepto se introdujeron las dietas para los miembros de la Bula, á quienes se daba una dracma (4 reales). Difícil es conocer hasta qué punto las innovaciones de Pericles estaban conformes, ó se encontraban en oposicion con los elementos radicales. No debemos, sin embargo, admirarnos de que, por una experiencia antigua mil veces repetida, los políticos que trataban esta cuestion dirigiesen contra él censuras tanto mas acerbas, cuanto mas molesta y pesada era para ellos su grandeza y su soberanía y cuanto mas comprometido se veía el deseo del espíritu democrático de todos los tiempos, es decir, la manía de la igualdad general y el afán de nivelar todas las medianías.

XVI.—ATAQUES CONTRA ANAXÁGORAS. PROCESOS CONTRA FIDIAS, ASPASIA Y PERICLES

Todo esto originó, finalmente, la perniciosa coaliccion de los oligarcas, del partido mojigato sacerdotal y de los radicales, contra el enemigo comun, coaliccion que en un momento político muy peligroso dirigió sus pérfidos ataques contra las personas mas apreciadas por Pericles. Esta alianza de Tucídides, que habia sido llamado del destierro, con sacerdotes como Diopieithes y Lampon, y con radicales como Cleonte, dirigióse primeramente contra el anciano Anaxágoras, quien, en 432, fué acusado criminalmente de ateísmo irreverente con los dioses, despues de haberse previamente obtenido del demos que aprobase una proposicion, segun la cual debía ser perseguido como reo de Estado todo aquel que introdujese en la religion del país nuevas y falsas doctrinas sobre las cosas sagradas. La mojigatería y la antipatia de la multitud hácia las nuevas y extrañas teorías naturales y científicas de los célebres filósofos, estaban íntimamente enlazadas. Las cosas iban tomando un aspecto peligroso y Anaxágoras solo pudo librarse de una muerte cierta huyendo á Lampsaco. Mas sorprendido debió de quedar Fidias, que, á su regreso de Olimpia, se vió acusado por uno de sus antiguos ayudantes, llamado Menon, convertido en instrumento de enemistad contra Pericles, de haber robado una parte del oro que le habia sido confiado para modelar la estatua de Atene del Partenon. Esta acusacion fué victoriosamente rechazada; pero la maldad de los acusadores dirigió contra él nuevas inculpaciones. Fidias, segun se dice, habia cincelado en un grupo que se ostentaba en el escudo de Atene, dos figuras que eran el retrato suyo y el de Pericles, lo cual se calificó de impiedad punible: Fidias fué preso y encerrado en una cárcel, en donde pereció víctima de la santurronería y del fanatismo, antes de que se hubiese terminado el proceso.

Despues de este primer triunfo ignominioso, dirigió inmediatamente la coaliccion sus ataques contra la propia familia de Pericles, viéndose acusada criminalmente la noble Aspasia por el poeta cómico Hermippo de los delitos de impiedad y de tercería, para proporcionar á otras los favores de Pericles; pero esta vez consiguió Pericles, que se presentó como abo-

gado de su propia esposa ante los jurados, la completa absolucion de su compañera. Entonces sus adversarios se volvieron directamente contra la persona del grande hombre de Estado ateniense; á este efecto, Dracónides presentó á la asamblea general una proposicion para obligar á Pericles á rendir cuentas del dinero del Estado que habia pasado por sus manos, ante los pritáneos (comision de cinco miembros escogidos de la Bula), debiendo fallarse sobre la culpa ó inocencia del acusado ante el altar de Atene, en la Acrópolis. A propuesta de Hagnon, se modificó la proposicion citada en el sentido de que el asunto se decidiera, como por regla general se hacia, ante un tribunal de 1,500 jurados, á cuyo juicio se dejaba resolver si debía procederse como en un proceso de malversacion de fondos, ó de soborno ó de violacion de la ley.

Tampoco surtió efecto este ataque, aumentado por la perversidad de Hagnon, y promovido á principios de 431, cuyo objeto final, inspirado por la mas negra perfidia, era la especificacion, políticamente peligrosa, de varios gastos que el grande hombre de Estado se habia visto obligado á hacer para subvenir á «necesidades imperiosas» ó á exigencias de la política, principalmente de la política exterior. Y no surtió efecto, porque tuvo que desistirse del proceso en vista de que comenzaba á encenderse la guerra, tanto tiempo temida, con Esparta, que Pericles desde largo tiempo habia previsto.

XVII.—GUERRA ENTRE CORINTO Y CORCIRA. POTIDEA

El furor guerrero hacia muchos años que habia aparecido en distintos puntos del mundo griego, pero entonces se presentaba con caracteres decisivos. Una colonia de Corcira, establecida en las costas ilirias y en la ciudad de Epidamnus, que en la posterior dominacion romana alcanzó gran celebridad bajo el nombre de Dyrrhachium, fué entonces teatro de grandes conflictos entre la plebe y la poderosa nobleza, á consecuencia de los cuales, esta se vió obligada á abandonar su patria y á comenzar una lucha, auxiliada por los vecinos ilirios. El socorro que los de Epidamnus habian pedido á Corcira, no encontró eco alguno en la aristocracia de esta ciudad, y en vista de ello se dirigieron á los corintios, que se apresuraron á concedérselo; pues les pareció oportuna ocasion de robustecer la bandera corintia en el Oeste del mundo griego, en donde se hallaban muy perjudicados los intereses de Corinto por los mesenios de Naupactos, y los acarnanios y zacintios, amigos de los atenienses, y por la misma poderosa Corcira. Cuando la gran ciudad comercial del istmo envió á Epidamnus aguerridas tropas y nuevos colonos, Corcira empuñó las armas, exigió que saliesen de la ciudad todos los corintios y la bloqueó; á consecuencia de lo cual encendióse entre las dos ciudades dóricas una guerra que se prosiguió con inusitada energía. Despues cuando á fines de 435 ó á principios de 434 los corciris derrotaron una gran escuadra corintia y obligaron á Epidamnus á rendirse, mientras Corinto hacia nuevos preparativos para la conservacion de sus intereses, pensaron los de Corcira en asegurarse el auxilio de los atenienses, haciendo uso de la cláusula del tratado de 445, en virtud de la cual cualquiera ciudad libre podia á voluntad ingresar en la simmaquia ática ó en la peloponésica. Con todo, era evidente que la alianza de los atenienses con Corcira, debía originar una guerra entre Atenas y Corinto, ó por mejor decir entre Atenas y la Liga peloponésica. A pesar de ello y á pesar de los grandes esfuerzos hechos por los enviados corintios para atraer á los atenienses á su partido ó determinarles por lo menos á mantenerse neutrales, no pudieron Pericles y el demos por él dirigido, permitir que Corcira se viese humillada por Corinto, ni renunciar á las

XVIII.—CAUSAS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

ventajas que podia proporcionarles la anexion de la marina corcira á la escuadra ática. En su consecuencia se firmó con Corcira no una simmaquia, sino una epimaquia, una alianza que unió á los dos Estados para la mutua defensa. A fines de julio de 434, los atenienses enviaron al mar Jónico una escuadrilla compuesta de diez embarcaciones, en la prevision de lo que pudiese ocurrir y para hacer lo que se llama una demostracion. En tales circunstancias, hizo Corinto, con gran actividad, los preparativos necesarios; lanzó durante el verano de 433, 150 triremes contra Corcira, y trabó en setiembre y junto á la isla de Sibota una gran batalla contra las 110 embarcaciones enemigas, en la cual tomaron parte, como simples espectadores, los 10 buques atenienses que debian proteger á los corciris. La lucha fué muy reñida, pero al fin la victoria se decidió por los de Corinto, quienes pensaron en dar la última batalla contra los diezmosos enemigos. Entonces aparecieron de repente 20 buques atenienses, que habian sido enviados á aquellas aguas desde el Pireo para robustecer la escuadra espectante, y á cuya presencia desistieron los corintios del combate, animados ya por el solo pensamiento de dirigir todas las fuerzas de sus aliados contra los atenienses que les habian impedido conseguir una victoria segura.

A partir de aquel momento excitaron en todas partes una guerra general contra Atenas. Mientras Esparta titubeaba todavía, mientras algunos súbditos de los atenienses, como los eginetas, influian en el ánimo de los espartanos para que se decidiesen á la guerra, encendióse en los territorios tracio-macedónicos una nueva lucha en la cual aparecieron indirectamente como enemigas Atenas y Corinto. La poderosa colonia corintia de Potidea, la mas importante bajo el punto de vista militar y mercantil de cuantas habia en el istmo que unia á Pallene con la península Calcídica, y que á pesar de su situacion en la alianza délica recibia los mas altos funcionarios de Corinto, tuvo que ser desarmada á instancias de los atenienses que se encontraban frente á frente de los corintios, como en estado de guerra, y se vió obligada á derribar sus murallas y á romper sus relaciones con Corinto. Los de Atenas fueron en este punto tanto mas intransigentes cuanto que el rey de Macedonia, Perdicas II, que despues de la muerte de su padre Alejandro (454) derribó del poder, en 448 y con ayuda del joven Filipo, á su hermano mayor Alcetas, consiguiendo despues (436) ser único soberano, se habia convertido de amigo en enemigo de los atenienses, incitando á los de Corinto contra Atenas, y suscitando el descontento de las ciudades áticas aliadas de sus costas. Los atenienses habian puesto en movimiento en Macedonia á una porcion de macedonios enemigos del rey y habian aprestado contra él un ejército de 1,000 hoplites y 30 embarcaciones, mandado por Arquestrato, cuando Potidea se separó abiertamente de Atenas, y los boticos y otras pequeñas poblaciones de Calcídica siguieron este ejemplo, gracias á las excitaciones de Perdicas, que reunió á los ciudadanos de las últimas en Olinto. Mientras Arquestrato, ayudado por los macedonios enemigos del rey, atacaba y conquistaba la bótica Therna, y ponía sitio á Pidna, enviaron los corintios á Potidea 2,000 hombres mandados por Aristeo. Entonces los atenienses dirigieron contra Macedonia 2,000 hoplites y 40 buques á las órdenes de Callias, firmaron con Perdicas un tratado, en virtud del cual se quedaron ellos con Therna y el rey con Pidna, y marcharon con todas sus fuerzas contra Potidea, al pié de cuyas murallas consiguieron en el verano de 432 una gran victoria sobre los potideos y corintios y sobre Perdicas, que habia vuelto de nuevo á la lucha. A consecuencia de esta victoria pudo ser enérgicamente sitiada la ciudad traidora.

Los corintios, en el entretanto, no cesaban de instigar á los espartanos para que comenzasen la guerra general contra Atenas; pero los gobernantes de Esparta, que conocian perfectamente la situacion de Atenas y el furioso ataque que la coaliccion oligárquico-radical dirigia contra Pericles, ajustaron su conducta de manera que su objetivo fuera ante todo la caída del grande hombre de Estado ateniense. Si esto se podia conseguir, y era muy probable que la fanática oligarquía de Atenas coadyuvase en tan críticos momentos á la obra de los espartanos, no era ya necesaria la guerra, pues hallándose Atenas poco menos que desarmada, el sucesor de Pericles se inclinaria á hacer ciertas concesiones á los peloponesios, ó en caso de trabarse la lucha, era seguro para ellos el éxito. Siguiendo este plan de conducta, comenzó Esparta, en 432, por invitar á todos cuantos tenian alguna queja contra Atenas á que la manifestasen, queriendo que se decidiese sobre ella y que la decision fuese propuesta á la aceptacion de los aliados. Los megarenses dirigieron entonces públicamente su acusacion contra los atenienses: el antiguo odio de estos contra la pequeña y páfida comunidad vecina utilizó, segun parece, algunos puntos litigiosos locales de naturaleza extraordinaria, para seguir con Megara una regla de conducta, que fué despues, en el suelo y en las aguas griegas, una de las mas temibles armas de la república de Venecia. A propuesta de un amigo de Pericles, Carino, publicó el demos un psefisma en virtud del cual se prohibia á los megarenses, cuyo principal tráfico se verificaba con Atenas, el comercio en la capital del Atica y en todos los puertos de los dominios áticos. Esta prohibicion de comercio no tenia mas objeto que arruinar por completo á los ciudadanos del pequeño Estado vecino y enemigo, que profesaron implacable odio á los atenienses hasta el siglo segundo despues de Jesucristo. Por tanto, la desesperacion y el furor de los peloponesios eran grandes; pero bajo el punto de vista jurídico y del derecho internacional, la conducta de los atenienses no podia ser atacada, á pesar de lo cual figuraba aquella decision en primera línea, entre las quejas que la diplomacia espartana habia reunido contra Atenas.

La gran reunion de espartanos, que tuvo efecto en diciembre de 432, y que debía ante todo decidir si habia motivo suficiente para romper las hostilidades contra Atenas, determinó, bajo la influencia de las mordaces palabras de los representantes corintios, contra el parecer de Arquidamas, y arrastrada por la fogosa vivacidad del eforo Sthenelaidas, renovar la guerra contra el Atica. La pitonisa de Delfos fué favorable á esta decision y el Senado de los aliados, convocado en Esparta, decidió por mayoría comenzar la guerra, decision debida á la influencia del partido bélico corintio-espartano que envidioso del esplendor de Atenas y de su nueva alianza con Corcira, no queria ninguna inteligencia con la capital del Atica, cuyo poder esperaba destruir.

Mientras en todas partes se hacian preparativos contra Atenas, Esparta comenzaba con ella una serie de negociaciones que solo debian servir para hacerla aparecer diplomáticamente y ante la pública opinion de Grecia, como reparadora de una injusticia. Con la páfida y pública colaboracion de un grupo traidor de atenienses oligarcas, que á toda costa querian ver derribado á Pericles, exigió Esparta en primer lugar á los de Atenas la expiacion de la antigua culpa de Cilon, y el destierro de la familia culpable de los Alcmeónidas, á la cual pertenecia Pericles por parte de su madre. Esto equivalia á mostrar que el grande hombre de Estado era el impedimento principal de la paz entre Atenas y Esparta. Desoida naturalmente esta indigna exigencia, á la